

ción con Austria sobre organizar una legión austriaca, acordando á los oficiales que entraran al servicio de México durante seis años, la facultad de conservar su rango en el ejército austriaco. Acompañaronle en su viaje el consejero Schesweberger, los Sres. Iglesias, Raygosa, Noriega y el conde de Bombelles, uniéndoseles en Querétaro D. Juan de D. Peza; le dieron escolta un escuadrón de cazadores de África y la guardia imperial al mando de Miguel López; visitó las cárceles, establecimientos de beneficencia y las escuelas y quiso que ningún gasto se hiciera en su recibimiento, que no se le dijera más que una sola arenga en cada población, y sin embargo se hizo todo lo contrario. En Irapuato se detuvo por haberse enfermado de anginas y fué visitado por Uraga, ya convertido en imperial; nombró al francés Rolland inspector de las aduanas del Golfo; celebró en Dolores el aniversario de la Independencia, cuyas fiestas presidió en la capital la princesa Carlota, y estando en Guanajuato nombró Maximiliano subsecretario de Fomento al Sr. Robles Pezuela. Todo esto en medio de combates que se sucedían día por día y cuya contemplación daba margen á profundas consideraciones. Las bayonetas extranjeras que rápidamente derribaron y arrasaron todos los intereses y derechos legítimos, y las instituciones republicanas, ningún caso hicieron de la opinión del pueblo mexicano, á quien Francia insistía en atribuir enormes vicios y errores, creencia que dimanaba de malos informes. Maximiliano no pasó de Leon, sino que rodeando por Penjamillo se dirigió á Morelia, donde fué recibido con grandes demostraciones, que como todas las anteriores tenían origen oficial; estuvo algunos días en Toluca y salieron á encontrarle su esposa y el jefe Bazaine, quien reemplazó á Forey, haciéndole las autoridades de México también lujosa recepción.

Muchos que esperaban la consolidación del Imperio, querían que se hiciera una fusión de partidos, entonces más que nunca imposible, aunque ya no había frente al Imperio otras fuerzas de consideración que las mandadas por Porfirio Díaz en Oaxaca; pero el nuevo sistema gubernativo tenía tal carácter de debilidad, que sentía la necesidad del apoyo extraño que desde su nacimiento lo sustentó, y por eso el estado de cosas permanente y definitivo no era admitido sino por un corto número de ilusos. Una notable instrucción fué dada por Maximiliano en 4 de Noviembre, fijando á los jefes políticos las reglas á que en el orden administrativo debían normar su conducta, uniformando los procedimientos de las autoridades locales que en muchos casos no partían de otra base que del juicio y las apreciaciones individuales; prometió la igualdad ante la ley y libertad individual y municipal combinadas con la centralización gubernativa, y que consagrara particular atención á las mejoras materiales. El programa imperial ofrecía ocupar indistintamente á los individuos de los antiguos partidos políticos, y halagaba en la teoría, pero en la práctica era imposible, estando todo el país invadido por las guerrillas. En una carta que Maximiliano dirigió al ministro Velazquez de Leon, apremiado por los franceses, dispuso el total aniquilamiento de ellas, respetando las opiniones políticas, la propiedad é intereses de los ciudadanos. Esta carta fué muy comentada principalmente por los imperialistas, que creyeron ver á sus adversarios deponer las armas ante la invariable resolución que manifestó Maximiliano de no cejar en la empresa que había acometido; pero en realidad tan solo produjo grandes abusos por parte de los militares imperialistas que podían considerar como guerrilla á cualquiera fuerza republicana. El cáncer que corroía á ese sistema de cosas y que había de darle la muerte, hallábase esencialmente en la bancarrota de la Hacienda pública y en los grandes gastos que continuamente se hacían y estaban asignados, sin que el erario produjera ni la mitad de

lo que se necesitaba; exigía el Imperio lo ménos treinta millones, cuando México en sus épocas bonancibles no podía producir veinte; pero este mal de tanta trascendencia pasaba como desapercibido entre los individuos que se habían empeñado en cerrar los ojos para no ver la ruina que les amenazaba.

Los jefes franceses castigaban á los propietarios rurales que no les daban aviso de la marcha que seguían las fuerzas republicanas, y con tal conducta acabaron de arruinar la agricultura que hacia tiempo recibía golpes contundentes de las gavillas; queriendo Maximiliano resguardar los campos dispuso la organización de fuerzas rurales. Continuó dando los principales puestos á los liberales moderados, es decir, á los ménos á propósito para establecer un nuevo orden gubernativo; resolvió que se formara un Consejo de Estado que estableciera las bases de otra legislación, de un plan de Hacienda y del presupuesto, cuyos proyectos pasarían á los ministros para que formularan los decretos; creó los comisarios imperiales y visitadores y arregló que nada faltara á las primeras fuerzas austro-belgas que llegaron á Veracruz á fines de 1864, en tanto que salían ya algunas tropas francesas, lo que Maximiliano quiso evitar por medio de su representante en París, el Sr. Hidalgo, mientras activaba á su ministro en Roma para que entrara en negociaciones con la Santa Sede, sobre un Concordato acerca de los bienes eclesiásticos. Notabilísimo era ya el desacuerdo entre Maximiliano y los que le llamaron, postergados por aquellos que más habían rechazado la idea de plantear en México el Imperio; faltó al príncipe el frío cálculo para conocer que el espíritu de conciliación tiene que subordinarse á otras más altas consideraciones políticas, y que las transacciones en perjuicio de las ideas que han servido de base á un edificio político, no pueden ménos que traer el desquiciamiento de éste. Todo el Interior seguía en efervescencia animándose los republicanos con tanto error cometido por Maximiliano, quien en varias conferencias que tuvo con el Nuncio Pontificio no logró llegar á un avenimiento; Roma se rehusaba á pasar por las reformas conquistadas, y cuando Maximiliano hizo proposiciones le contestó el Nuncio que no traía misión para arreglo alguno, lo que equivalía decir que no supo á qué venía. Maximiliano pretendía que el clero fuera pagado por el Estado, tolerancia de cultos, revisión de aranceles parroquiales por el gobierno, y dispensar al pueblo de ciertos impuestos eclesiásticos, y llegó á dirigir una carta al ministro de Justicia Escudero y Echanove, para que obrara según el principio de amplia y franca tolerancia, teniendo presente que la religión del Estado era la Católica, Apostólica, Romana, y dispuso á la vez que fueran revisadas las operaciones de desamortización.

La prensa liberal se dividió en dos fracciones: una aceptó al Imperio creyendo que la libertad no peligraba sino por el poder temporal y la influencia del clero, y otra, aparentando adhesión, aspiraba al triunfo de las ideas republicanas y de los hombres de su partido, y esperaba mucho del abandono en que se tenían las cuestiones hacendarias y la organización del ejército imperial. En esas dos ramas de los que ántes pertenecían á una misma comunión política, apareció el odio y la recrudescencia de sentimientos. Los republicanos armados cada día aumentaban en número y obtenían triunfos sobre los imperialistas: en 1865 cubrían á Michoacán al mando de Eguiluz, Pueblita y Régules, al grado de haber necesitado Márquez abandonar al Manzanillo y Colima para ir á Morelia y arreglar la campaña en ese Departamento, al cual tuvieron que pasar los jefes franceses Douai y De Potier. En otros muchos puntos también era amenazado seriamente el Imperio, que cada vez estaba más distante de consolidarse; en la frontera del Norte aparecían dificultades entre los norte-americanos y el jefe imperialista Mejía; Acapulco era aban-



donado por los franceses y en porcion de puntos se combatia sin descanso, viviendo entónces México la vida del entusiasmo y el patriotismo que unos y otros alegaban ser el móvil de sus acciones. En Coahuila se robustecieron los republicanos al unírseles Piedras Negras; en Sinaloa no habia seguridad fuera de las garitas de Mazatlan; y en Sonora obtenian triunfos de consideracion los republicanos; Jalisco deploraba los excesos cometidos por Rojas y otros, allí habia dado este guerrillero una proclama en que, atribuyendo al indiferentismo el estado del país, declaró que de entónces en adelante no habria más que patriotas ó traidores. El gefe republicano Rosales derrotaba en San Pedro á una seccion de argelinos que desembarcando en Altata avanzaban para Culiacan.

Las primeras fuerzas austriacas llegadas á Veracruz á principios de 1865 pasaron á Jalapa, por el buen clima y para separarse de las francesas. Sin fijarse Maximiliano en la dificultad de mantener esas tropas, apenas estableció ciertas pequeñas economías como la de reducir los empleos de las prefecturas, aunque por otra parte aumentaba los gastos dispendiosos; instituyó la Orden del Aguila Mexicana, cuyo Collar fué destinado á las testas coronadas, y solamente para doce mexicanos que se distinguieran por su virtud y méritos; estableció el «Diario del Imperio» y aprobó un proyecto relativo á leyes de reforma con su respectivo reglamento; esta conducta agitó mucho á la sociedad, y pidieron los conservadores se aplazara lo relativo á la Reforma hasta que hubiera un arreglo con Roma, pero Maximiliano no quiso ir atras y mandó que se observaran las leyes y decretos expedidos sobre pase de Bulas, rescriptos y despachos de Roma, dados ántes y despues de la Independencia, y aun hizo que se suspendiera la publicacion de «La Monarquía» periódico conservador que no estaba conforme con lo que pasaba. Disgustado el partido clerical por la política de Maximiliano, representaron las señoras de la capital contra la tolerancia de cultos y en favor de la religion católica romana y bienes del clero, pero la representacion fué archivada; en consecuencia se ausentó furtivamente de la capital el general Vicario para trabajar contra Maximiliano y los extranjeros, dió una proclama, invitó al general Alvarez para que se le uniera, excitó á varios gefes para la revolucion que impulsó aun cuando á poco imploró gracia.

Así el grande error de separarse de los suyos iba conduciendo á Maximiliano á su perdicion irremediable, y la conducta de los liberales que aprobaban el régimen imperial fué criticada acremente, sobre todo en una carta del gefe Riva Palacio. El Imperio, despues de dos años de existencia nada habia hecho radical, sino enajenarse el afecto de sus partidarios natos, sin que los liberales, en su generalidad contrarios á la Monarquía, dejaran de seguir aborreciendo de todo corazon cuanto se rozaba con un sistema al que se adherian solamente por miras personales, siendo muy reducido el número de los que lo hacian de buena fé, y los demas tenian por objeto engañarlo ó venderlo. Odiándose los partidos cada vez más, se alejaban de la conciliacion en que Maximiliano habia puesto su solicitud, sin fijarse éste en que faltando la Hacienda, el crédito y la administracion de justicia, era un sueño la reorganizacion. Otro nuevo error aumentó las dificultades para conseguirla, pues en tanto que los republicanos se multiplicaban y se animaban por el término de la guerra del Norte, disolvió Maximiliano los cuerpos auxiliares y otras fuerzas que tenian diversas denominaciones, por causas que en circunstancias normales habrian sido dignas de consideracion, y quitó á su gobierno un poderoso elemento de estabilidad, viniendo á serle contrario todo guerrillero dado de baja; Catarino Fragoso, Melgarejo y otros muchos fueron desde ese momento sus más terribles enemigos; tambien se deshizo de su primera espada, del gefe Márquez, á quien envió á

Constantinopla y los Santos Lugares de Embajador, deshaciéndose de su más firme y leal apoyo; y aunque es cierto que este gefe habia perdido sus cualidades de aptitud y valor desde que en Morelia recibió una herida en un ojo, aun era servidor fiel y resuelto. Así marchó Maximiliano de error en error desde que se entregara en manos de los que ántes le habian combatido, y que de seguro no le salvarian de una situacion comprometida. En la ley sobre organizacion del ejército no dejó más que seis generales de Division y doce de brigada, la guardia palatina, catorce batallones de infantería, seis regimientos de caballería, doce compañías presidiales y ocho baterías, un cuerpo de Ingenieros, trenistas y una legion de gendarmería; dividió el territorio en siete secciones militares.

Los contrarios de Maximiliano esparcian cuantas noticias podian causarle mal, siendo una de ellas el haber vendido á Francia una parte de Sonora; nada influyó en mejorar la posicion del Príncipe la toma de Oaxaca por los franceses, que hicieron prisionera la guarnicion incluyendo en ella al general Porfirio Diaz, y el haber desaparecido con la caida de esa ciudad el único cuerpo formal y bien organizado que quedaba á los republicanos. Coincidiendo tal suceso con la muerte del cabecilla Rojas en la accion dada en el Puente de Potrerillos y con la derrota de Simon Gutierrez, supusieron los imperialistas que la pacificacion no podia tardar, puesto que la suerte les era tan propicia en los campos de batalla; sin embargo, no habia esperanzas de realizar las aspiraciones de ningun partido, y los mismos triunfos decian claramente que los contrarios no cedian en su anhelo por destruir un sistema gubernativo que carecia de erario, de ejército y de todo lo que constituye un gobierno, y que tenia grandes llagas bajo el oropel que lo cubria. Faltaba la actividad en el despacho, porque los liberales que constituian el Ministerio no iban de acuerdo con las pretensiones de los franceses, con quienes tan solo podian avenirse los conservadores que engendraron al Imperio, y que ahora estaban disgustados. Por esto estuvo Maximiliano variando continuamente sus ministros, y como cada dia acentuaba más su política en el sentido liberal y fué dada una ley sobre tolerancia de cultos, acabaron por abandonarlo aun aquellos conservadores que habian permanecido á su lado despues de la carta sobre reformas, y no teniendo á quién ocupar llamó al frances Bonfond al ministerio de Hacienda, pero á poco lo sustituyó por D. Félix Campillo; é insistiendo en arreglar los asuntos eclesiásticos nombró una comision que pasara á Roma y procurara concluirlos, presidiéndola el Sr. Velazquez de Leon.

Maximiliano conocia la necesidad de dar al país una ley fundamental, y por eso publicó el Estatuto del Imperio el 10 de Abril (1865) dividiendo el territorio en cincuenta Departamentos y ocho secciones militares. El Estatuto, ó sea la Constitucion imperial, era inaplicable y tan solo podia considerarse transitorio, tanto por las circunstancias en que se hallaba el país, como porque no se atendió á las necesidades del pueblo, ni al temperamento político de la Nacion, cuya soberanía venia á residir en el gefe del gobierno. Además, otras disposiciones causaron honda sensacion en el país: fué nombrada una junta calificadora de despachos militares; las ventas de bienes de manos muertas, que adolecian de irregularidades, se hicieron válidas mediante el recargo de un veinticinco por ciento, manifestando Maximiliano la mente de aceptar la solidaridad y continuar la obra comenzada por Comonfort y Juarez, sin que nada valiera que representaran contra todas las disposiciones relativas á la Iglesia el arzobispo y los obispos; y como opinaba de una manera altamente opuesta al partido que le habia traído, quedó



sin apoyo; nada podía esperar de la fracción del partido liberal republicano que había defecionado y que no tenía por lo mismo ni influjo ni fuerza, cuyos individuos le abandonaron en la hora crítica y ni uno solo murió á su lado; al clero no le fueron señaladas las dotaciones y los conventos quedaron bajo la inspeccion de la autoridad política, en consecuencia se multiplicaron los escritos clandestinos en que se llamaba á todos los partidos para que salvaran al país de los extranjeros y del Imperio, en tanto que el Sr. Juárez prorogaba el tiempo de su gobierno.

Los franceses continuaban en el empeño de dejar sentado el trono de Maximiliano sobre el terror, ya derramando constantemente sangre mexicana en la plaza de Mixcalco, ya por los azotes que hacían aplicar por los mismos mexicanos; pero también ellos pagaban con sangre tantas maldades, pereciendo en los callejones de la Laja, por Tlaliscoyam, el gefe Maréchal y otros en distintos lugares; aunque Maximiliano concedía indultos, las cortes marciales ordenaban ejecuciones en masa, y como los escritores mexicanos se expresaban enérgicamente contra los feroces militares, llamó Bazaine á los editores y redactores de periódicos, les amonestó y amenazó á nombre del gobierno imperial, como si éste no pudiera hacerlo. Quiso Maximiliano aprovechar la emigración del Sur de los Estados-Unidos para colonizar el Departamento de Veracruz; y deseando ejercer justicia, dispuso que se revisaran las operaciones de desamortización que pasaban de veinte mil, lo que dió por resultado la confusión en las transacciones y aumentó el disgusto, sin contentar á nadie; también fué otro origen de disgustos y de represalias las demostraciones hechas en Puebla contra las fuerzas austriacas, achacándolas costumbres odiosas. Estas tropas llegaron á ser el ludibrio de los mexicanos por la facilidad con que las derrotaban, cuando ya la Francia, vacilante con respecto á los Estados-Unidos que no querían reconocer al Imperio, pensaba en retirar sus fuerzas, teniendo que pasar á Washington el ministro Montholon para buscar algo favorable á Maximiliano. De Matamoros era despedido el cónsul Campbell, porque no admitió el «exequatur» imperial, y previendo la retirada de los franceses se resolvió aumentar la legión extranjera hasta veinte mil soldados.

Entre la multitud de disposiciones dadas por Maximiliano se contaron: la que uniformó la moneda nacional, la que eximió al maíz de la alcabala y otros impuestos, y las tarifas de los derechos que había de pagar el tabaco; repartió condecoraciones, señaló las atribuciones de los departamentos ministeriales, la organización del Cuerpo Diplomático; abolió las leyes que permitían al gobierno conceder grados militares, y queriendo atraerse al partido liberal exaltado, seguía diciendo que si el Papa no aprobaba lo hecho en México, poco se le daba; declaró vigente la ley que suprimió los fueros; disolvió las juntas militares establecidas para organizar al ejército y otorgó porción de concesiones sobre caminos de fierro; autorizó á una compañía para el apeo y deslinde de los terrenos baldíos y de propiedad particular; creó la Academia Imperial de Artes y Literatura; dió una amnistía; reglamentó los delitos de imprenta adoptando el sistema de advertencias y procuró el fomento de los establecimientos de beneficencia. Envió á los gefes Rosas Landa, Thum, Parrodi, García y Castillo á mandar las divisiones de Toluca, Puebla, San Luis, Guadalajara y Mérida, y después hizo un viaje á Puebla y Jalapa; pero á cada paso veía destruidos sus proyectos, pues en Michoacan eran derrotadas las fuerzas belgas á principios de Abril (1865) por las secciones de Puebla, Riva Palacio, Régules y otros; además, en los Estados-Unidos perdían terreno los confederados y se aproximaba la paz por las buenas disposiciones y la fortuna del general Grant,

quien tomó á Richmond tras una batalla de tres días, suceso que llenó de ansiedad á los imperialistas y vigorizó las esperanzas de los republicanos; se aumentó la expectativa de los partidos al ser asesinado el Presidente Lincoln la noche del 15 de Abril, cuando ya los Estados-Unidos habían vuelto á reconocer al Sr. Juárez como Presidente, sin que valieran los esfuerzos que para impedirlo desarrolló el Imperio, estando el pueblo norte-americano resuelto á exigir la desocupación de México por los extranjeros.

Otros muchos motivos hacían crítica la situación de Maximiliano: Michoacan, Nuevo-Leon y Coahuila volvieron á ser poseídos completamente por los republicanos; en la frontera de Tamaulipas se sublevó Canales contra el Imperio, y Ciudad Victoria vino á poder de J. M. Carbajal. Mientras, Maximiliano, que tenía en su carácter mucho de fatalista, entraba á Orizava con traje de charro y hacia el viaje á Jalapa gozando con las pintorescas vistas de las barrancas de Jamapa y Jacomulco; aceptó la dimisión que hizo el Sr. Cortes Esparza del ministerio de Gobernación, no obstante que iba de acuerdo con el gobierno imperial, según las leyes y disposiciones que firmó y el nombramiento de los prefectos políticos; pero todo anunciaba el desquiciamiento del nuevo sistema gubernativo. Habiendo acogido muy mal los imperialistas todas las disposiciones de ese ministro, creyeron que su separación auguraba un cambio en la política; pero en realidad ya no había más que la fatiga y el cansancio que Maximiliano mostraba, causándole sus aliados los franceses los principales sinsabores, porque conocía que sin ellos no podría seguir en el trono; tuvo que solicitar de Napoleón el que continuaran en México, lo que le fué concedido por un año, protegiéndole también con el empréstito llamado mexicano; instintivamente buscaba Maximiliano las barrancas y los lugares más solitarios y lejanos de un centro que para él no tenía más que amarguras. Después de haber expedido varios decretos en Orizava, salió de la hacienda de Jalapilla y el 25 de Mayo entró á Jalapa, siguiendo el camino de Monte Blanco; dió dinero en las poblaciones donde se detenía, y en todas fué recibido con señales tan aparentes de entusiasmo, que de seguro debió creerse gefe de un partido numeroso y activo. Para hacerse popular vestía Maximiliano calzonera y chaqueta azul con botonadura de metal y sombrero de ala ancha; pero sus esfuerzos ya no eran entusiastas, la enfermedad de estómago que padecía, había dado á su fisonomía marcado aspecto de disgusto y de resignación, y se presentaba en algunas diversiones más por cumplir un deber de cortesía que por estudiar ó por fines políticos; quiso atraerse el aprecio del obispo de Veracruz, regalando á la catedral de Jalapa un ornamento completo y una capa pluvial al pastor que cuidaba aquella iglesia; pero nada logró porque era intransigente el Sr. Suarez Peredo, quien procedía de contraria manera al obispo de Puebla, que avanzó hasta Ojo de Agua á recibir á Maximiliano; en Perote, entre otras fiestas, le dió la guarnición austriaca una función teatral, y al llegar á Puebla se le unió su esposa.

Allí nombró ministro de Gobernación al Sr. D. José María Esteva, explicándole en una carta el programa que convenía seguir, basándolo en la unión de los partidos; exigió leal franqueza y que la unidad de principios fuera el eslabón para los actos gubernativos, le recomendó que nombrara empleados de ideas fijas y que propusiera un premio para las autoridades que extirparan á los bandoleros. En otra carta dirigida al ministro de Fomento, Sr. Siliceo, refiriéndose á la instrucción pública, sentó las bases sobre que se había de apoyar tan importante ramo; opinaba por las escuelas normales para profesores y especiales para estudios determinados; deseaba que la instrucción fuera accesible á todas las clases y gratuita en lo posible. Estableció una Junta



permanente de exposiciones, condecoró á muchas personas en el cumpleaños de su esposa y permaneció en Puebla hasta fines de Junio. A su regreso dividió el gabinete imperial en dos departamentos, uno para asuntos civiles y para militares el otro, y llamó al Sr. D. Francisco de P. César á organizar la Hacienda; pero estaban en pié, como el primer día, los grandes obstáculos que oponía á la marcha administrativa la confusión entre las atribuciones de la Intervención y del Imperio, amenazado de muerte con la retirada de los franceses, desde la llegada del ministro Danó, á mediados de 1865; también se hacía necesario el arreglo de las cuestiones con Roma, la economía de los gastos y la formación de un sistema de impuestos general y equitativo.

La desconfianza acerca de la estabilidad del Imperio con vida propia, era materia de discusión en la prensa: unos escritores opinaban porque Maximiliano llamara al pueblo para que en un plebiscito manifestara su voluntad; otros que diera las gracias á la Intervención y que se apoyara en el partido conservador, pues que del liberal no obtendría sino adhesiones parciales. Esta vacilación y esa necesidad de extraño apoyo suscitaban nuevos movimientos revolucionarios: toda la Huasteca, Zacapoaxtla y otras serranías se levantaron y aparecieron legiones de indígenas amenazando seriamente muchos Departamentos, siendo pocos aquellos en que no se lanzaran de nuevo al combate los que habían ofrecido no volver á la revolución; alentábase mucho el partido republicano por las ventajas definitivas que en los Estados-Unidos conseguían los del Norte. Eloin, jefe del Gabinete de Maximiliano, estuvo en esa República, para buscar apoyo; pero conoció que el Imperio nada bueno podía esperar del Presidente Jhonson, y entonces se dirigió á Europa con objeto de pedir á Napoleon el aumento de tropas y de explicarle las graves dificultades que al Imperio traía la paz de los Estados-Unidos, en cuyo pueblo y aun en la esfera oficial, tenían simpatías los republicanos de México. Ya la prensa francesa, temiendo las complicaciones con la República del Norte, pedía con instancia la retirada del ejército francés, ántes que estallara un conflicto con los Estados-Unidos, y como tal retirada era la sentencia de muerte del Imperio, apresuróse Maximiliano á evitarla, siendo visible que su administración no se bastaba á sí misma para subsistir. También fué Eloin á Viena buscando en la protección extranjera el sustento del Imperio levantado en México de una manera tan violenta como poco sólida, y desde allá aconsejó á Maximiliano que consultara la voluntad de los mexicanos, por medio de un Congreso, pensamiento que muchos liberales imperialistas proponían y fué combatido por los conservadores, siempre disgustados. Pero la verdad era que el país seguía en plena revolución, y se podía asegurar que tan luego que se alejaran los franceses se derrumbaría el artificial edificio que habían levantado.

Tentando los términos medios y con objeto de buscar recursos, dió Maximiliano otras disposiciones que alejaban la confianza en los asuntos de desamortización, é impuso un derecho de extracción á la grana y de tránsito al añil, impuestos contra los cuales protestó el comercio de Oaxaca; insistió en proteger la inmigración é impulsó la construcción de los caminos de fierro á Medellín y entre Puebla y México, y el establecimiento de líneas telegráficas; quiso que se publicara el Boletín de las leyes del Imperio y creó una dirección de caminos. Conociendo Napoleon la grande importancia de arreglar la Hacienda, envió á México, para dirigirla, á su consejero Langlais que murió á poco de haber llegado aquí; regresaba por ese tiempo Eloin, quien trajo alarmantes informes de la poca esperanza que había acerca de la protección de Francia, porque en los Estados-Unidos se uniformaba la opinión para solicitar del gobierno que se prohi-

biera el envío de nuevos soldados franceses ó austriacos á México, y que se dejara en Tejas un ejército de cien mil soldados, para que ejerciendo una presión físico-moral determinarían la retirada de Maximiliano, y que se hiciera de modo que las tropas extranjeras en México, estuvieran en incesante actividad y aprensión.

Así, las tendencias de los ciudadanos del otro lado del Bravo, no podían tener más desenlace con respecto á México, que una guerra ó la desocupación del territorio mexicano por los extranjeros. El más próximo peligro para el Imperio, provenía indudablemente de la República norte-americana, que con su conducta fomentaba la desconfianza que existía en México, proveniente también de las cuestiones hacendarias, base de toda administración. El general Brown participó oficialmente al jefe imperialista Mejía, que los Estados-Unidos estaban en buenos términos de amistad y relaciones con los republicanos de México. El Presidente Jhonson se negó á recibir de D. Mariano Degollado las cartas imperiales de duelo por la muerte de Lincoln, levantó la prohibición de que los republicanos de México pudieran sacar acémilas y ganados, y no aceptó las proposiciones hechas por Francia, acerca de que retiraría sus tropas cuando los Estados-Unidos reconocieran al Imperio. Por otra parte, en el interior de la República tomaba incremento el partido nacional, notándose que todas las fuerzas republicanas comenzaron á usar orden en su organización y en recaudar recursos; en la costa de Sotavento aumentaba sus fuerzas el general García, jefe de la coalición entre esa y Chiapas y Tabasco; Zongolica se sublevó y en Tehuacan hicieron prisionera á la guarnición austriaca los jefes Félix Díaz y Figueroa; aun en la capital aparecían conatos de pronunciamiento y en diversos puntos seguían recibiendo derrotas los austriacos; los guerrilleros volvían á interceptar los caminos y por el Norte destruía el general Patoni una fuerza francesa entre Chihuahua y el Parral. Sinaloa estaba en plena insurrección, y en toda la República se levantaba el pueblo en masa. Pero en Palacio continuaron las tertulias y la falsa política, aconsejada por extranjeros que no tenían el debido conocimiento de las circunstancias del país.

Maximiliano quiso que se continuara el camino de fierro á Veracruz, aun usando de tracción animal; insistió en proteger la colonización, cediendo terrenos en Córdoba á los colonos, é hizo celebrar solemnemente el 16 de Setiembre, en cuyo día él y su ministro Ramirez pronunciaron discursos, y el 30 del mismo mes inauguró una estatua de Morelos en la plazuela de Guardiola; también pensó que se arreglaran las relaciones entre jornaleros y propietarios del campo, habiendo observado por sí mismo el abuso y la dureza con que los hacendados trataban á los peones esclavizados; en su viaje al Interior recojió y guardó uno de los instrumentos de tortura llamado «coma», y se impuso sucintamente de todas las penas impuestas á los infelices labriegos por sus amos, entre ellas la del «cepo», y quiso que se impidiera á los particulares seguir usando de la fuerza ejecutiva que únicamente había de estar en manos del gobierno, dictando severísimas disposiciones para el objeto. Engañado Maximiliano por las falsas noticias del ejército francés, dió un manifiesto el 2 de Octubre, (1865) asegurando que D. Benito Juárez, «que con tanto valor y constancia sostuvo su causa», había salido ya del territorio mexicano, aseguraba que todos los hombres honrados se habían agrupado al rededor de la bandera imperial y que solamente mantenían el desorden algunos jefes descarriados, y la parte desmoralizada y la soldadesca sin freno que fué siempre el residuo de las guerras civiles; «de hoy en adelante, añadía, la lucha solo será entre los hombres honrados de la Nación y las gavillas de criminales y bandoleros; cesa ya la indulgencia que solo apro-